

Una reflexión para la Navidad, en un mundo desgarrado

Cuando nos disponemos, una vez más, a celebrar la **Navidad**, la fiesta del nacimiento de Jesús de Nazaret, conviene ir más allá del aspecto festivo y folklórico que suele acompañar estas fechas. La Navidad puede ser ocasión para plantearnos una cuestión profunda y audaz: repensar quién es Jesús y, por extensión, qué significa seguirlo hoy, tanto en la vida personal como en la Iglesia y en la sociedad. En este contexto, la pregunta sigue siendo vigente: ¿quién es ese niño de Belén y qué tiene que decirnos en pleno siglo XXI, un mundo cargado de problemas?

Las imágenes tradicionales de Jesús, fruto de un largo proceso histórico, han ofrecido respuestas diversas, pero hoy resultan insuficientes para sostener la vida y la esperanza. Por un lado, está el Jesús de los dogmas, ese lenguaje metafísico y abstracto que se nos hace lejano. Por otro, está el Jesús Histórico, reconstruido por la investigación moderna, cuyos datos son escasos y no bastan para fundar una vida de fe. La cuestión fundamental es otra: necesitamos reencontrarnos con el Jesús que inspiraba a sus oyentes, el que tocaba la vida de quienes lo conocieron y lo siguieron. Ni la rigidez doctrinal ni la frialdad de los datos históricos cumplen esa función.

Los primeros discípulos lo reconocieron por algo profundamente humano: la fuerza del amor compartido, la memoria de sus gestos y palabras, y la esperanza que encendía en medio de la persecución, la pobreza y el miedo. Lo confesaron como el profeta que les daba sentido para resistir cuando todo parecía perdido. Si bien es cierto que esta experiencia simple se transformó con el tiempo en fórmulas complejas, lo que permanece inalterable es el impacto de Jesús sobre quienes debían afrontar problemas reales y urgentes. Ellos encontraron en él una razón para resistir, para mantener viva la esperanza y para creer que la vida podía ser transformada.

Esa misma fuerza puede y debe inspirarnos hoy. Vivimos en un mundo marcado por guerras que desgarran pueblos, desigualdades que excluyen a millones, crisis climáticas que amenazan el futuro y migraciones forzadas que ponen a prueba nuestra solidaridad. No se trata de repetir fórmulas antiguas, sino de descubrir cómo su mensaje de compasión, justicia y fraternidad puede ayudarnos a enfrentar las heridas del presente.

El corazón de ese mensaje, el plan de vida que Jesús ofreció a la humanidad, se encuentra destilado en el Sermón de la Montaña, especialmente en las Bienaventuranzas. Este texto no es una lista de promesas fáciles, sino un mapa ético para vivir de manera opuesta a la lógica dominante del mundo. Las Bienaventuranzas nos invitan a:

Ser pobres de espíritu: Es decir, a vivir desapegados del poder y la acumulación, asumiendo nuestra dependencia y fragilidad. En un mundo obsesionado con el éxito y la riqueza material, este valor denuncia la avaricia que alimenta la desigualdad global.

Llorar con los que lloran y tener hambre y sed de justicia: Jesús valida el dolor de los que sufren las injusticias y nos llama a un compromiso activo para restaurar el orden ético y social. Es una protesta radical contra la indiferencia ante la exclusión, la explotación y la violencia que perpetúan los conflictos.

Ser mansos y misericordiosos: Esto no es debilidad, sino la fortaleza de quien elige la no-violencia y la compasión frente a la agresión y la venganza. Es la enseñanza crucial para tiempos de polarización y guerra, recordándonos que la paz verdadera se construye con perdón y entendimiento, no con dominación.

Ser limpios de corazón y pacificadores: Nos insta a la coherencia interior y a ser agentes activos en la construcción de la paz. Los **pacificadores**, los constructores de puentes, son llamados **hijos de Dios**, marcando la paz como el criterio fundamental para la vida humana y social.

Aceptar la persecución por causa de la justicia: Es el reconocimiento de que vivir de acuerdo con estos valores puede significar ir a contracorriente de las estructuras de poder injustas.

Pero quizás la enseñanza más práctica y desafiante sobre el significado de la fe en la vida diaria es la **Parábola del Buen Samaritano**. A través de esta historia, Jesús responde a la pregunta crucial: *¿quién es mi prójimo?* Y su respuesta es revolucionaria. La parábola narra cómo un hombre, apaleado y abandonado en el camino, es ignorado por un sacerdote y un levita, figuras que representaban la religiosidad oficial y el cumplimiento estricto del culto del Templo. Sus obligaciones rituales o su miedo a contaminarse los detienen, priorizando el rito sobre la vida humana. En contraste, el samaritano, un extranjero y hereje para los oyentes de Jesús, es el único que se detiene, se conmueve, le presta asistencia inmediata y se hace cargo de los gastos. La lección es ineludible: la verdadera fe se mide por el nivel de nuestra compasión activa. Jesús nos enseña que el culto verdadero no se celebra dentro de las paredes sagradas, sino al lado del necesitado, del maltratado y del excluido en el camino. Este mensaje sacude los cimientos de cualquier religión que anteponga la observancia formal a la urgencia del dolor ajeno.

En tiempos de incertidumbre global, el modelo de Jesús nos invita a imitarlo en los gestos de amor y solidaridad que sostienen a quienes sufren, convirtiéndonos en samaritanos para los millones de “maltratados en el camino” que son hoy los migrantes, las víctimas de guerra y los marginados por la pobreza extrema. La Navidad, entonces, no es sólo memoria de un nacimiento lejano, sino oportunidad para reimaginar a Jesús como compañero de camino en medio de nuestras crisis. Es un llamado a que su mensaje de esperanza activa y compromiso transformador nos inspire a ser esa luz en el mundo desgarrado, cumpliendo con la vocación de amor y justicia que él encarnó.

"La Navidad no la iluminan las luces de las calles, sino el amor a los pobres"



Santiago Agrelo



Tiempo de Adviento, tiempo de esperanza, tiempo de espera: ¿Qué esperamos los que, con la Iglesia, hemos entrado en los caminos del Adviento?

En la liturgia del primer domingo, esa esperanza se llamaba “monte del Señor”, “casa del Dios de Jacob”, “ley del Señor”, “palabra de Dios”, y ésos eran nombres que reconocíamos verdaderos para Cristo Jesús nuestro Señor, para aquel Hijo cuyo nacimiento nos disponemos a celebrar.

En este segundo domingo, **la esperanza se llama “renuevo” y “vástago”**, y la palabra del profeta nos dice que, sobre esa esperanza, sobre ese “renuevo”, sobre ese “vástago”, se posará el espíritu del Señor, que es “espíritu de sabiduría y entendimiento, de consejo y fortaleza, y de ciencia y temor de Dios”.

Y se nos dirá también que ese “renuevo” brotará “para juzgar con justicia a los pobres”, y que ese “vástago” florecerá para “sentenciar con rectitud a los sencillos de la tierra”.

Mientras escribo, me alcanza la noticia:

«Salvamento Marítimo ha rescatado este domingo un cayuco con cuatro fallecidos entre las más de cien personas que viajaban a bordo, algunas de las cuales presentan mal estado de salud, tras quedarse sin comida y agua a 30 kilómetros al sur de El Hierro. Siete personas han sido trasladadas al Hospital, una de ellas grave».



Entonces la oración de la fe empieza a dar nombres nuevos a la esperanza de los últimos, al Dios que viene, y a nuestro Dios lo llamamos justicia, y nuestra esperanza la llamamos paz: “Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente”. Y, mientras el salmista va cantando los verbos que describen la acción de aquel a quien esperamos: “él librará al pobre que clamaba”, “él se apiadará del pobre y del indigente”, “él salvará la vida de los pobres”, la fe va grabando nuevos nombres en las paredes del corazón, en las míseras tablas de todos los cayucos: “mi libertador”, “mi dador compasivo”, “mi salvador”...

Ese pronombre posesivo: “mi”, si está referido a **Cristo Jesús**, sólo los pobres podrán decirlo con verdad, pues sólo para ellos es el “renuevo” que va a brotar, sólo para ellos es el “vástago” que va a florecer; el que esperamos será un libera pobres, un protege afligidos, un abraza indigentes, un recoge abandonados al borde del camino.

Si Cristo Jesús nos ha encontrado, si nos ha librado, abrazado, salvado, si nos ha hecho nuevas criaturas en él, si estamos en comunión con él por la fe, si somos uno con él, también compartimos con él la misión entre los pobres; si somos su cuerpo, también nacemos con él para los pobres; si somos su presencia viva en el mundo, también sobre nosotros se ha posado el espíritu del Señor, que es “sabiduría y entendimiento, consejo y fortaleza, ciencia y temor de Dios”: se ha posado, nos ha ungido, nos ha hecho de Cristo, nos ha hecho Cristo, y nos ha enviado, al modo de Cristo Jesús, a ser evangelio para



los pobres. **La humanidad de los cayucos es nuestra misión. Si somos de Cristo Jesús, hemos nacido para los pobres. La Navidad no la iluminan las luces de las calles, sino el amor a los pobres.**

La Navidad no la hacen las felicitaciones que intercambiamos, sino la dicha que a los pobres podemos ofrecer.

La Navidad no la hacen los regalos que nos hacemos, **sino un Dios** que, siendo rico, envuelto en papel de fragilidad, se nos entrega para enriquecernos con su pobreza.

Su nombre es “bendición” para todos los pueblos, para todos los hambrientos de justicia y de paz.

Ven, Señor Jesús; ven, salvador; ven, bendición.

Ven, para que se haga la Navidad en los caminos de los pobres.

APORTACIÓN DE LOS GRUPOS DE CRISTIANOS DE BASE DE GIJÓN

1) *¿En qué forma de sociedad nos gustaría vivir?, ¿qué valores deberían ser los ejes de la convivencia en las relaciones sociales próximas, en la economía, en la política española, en las relaciones internacionales?*

Deberíamos vivir en una sociedad en donde se perfeccione la democracia en su sentido más amplio. Donde hubiera un reparto equitativo de la riqueza, una sociedad igualitaria, donde se respeten las diferencias y que a la vez sea interpelladora. También en una sociedad pacifista sin ejército, con los servicios básicos cubiertos (medicina, educación, vivienda, transporte...) a disposición de toda la población.

Los valores que deberían regir son: la solidaridad, el compromiso social, la honradez, el diálogo y el pacifismo, junto con la *ética del cuidado*, sobre todo para los que más lo necesiten, y requieran. También el cuidado de nuestra naturaleza y cosmos, así como de todos los bienes comunes que se han ido construyendo y los que aún tendrán que venir.

Los valores económicos y políticos a nivel nacional e internacional deberían ser: la mentalidad universal, la responsabilidad y honradez, la solidaridad, el compromiso social, el diálogo, y que desaparecieran los privilegios de los políticos (aforamiento, pagos vitalicios), así como, en nuestro país, la revisión de la Constitución.

La economía debería de estar enfocada a *evitar* la tasas de pobreza. Y puesto que la macroeconomía va bien esto repercute en una mejora de los ciudadanos, paliando el nivel de precariedad y mejorando las condiciones laborales.

A nivel internacional, deberían cambiar radicalmente algunas de las organizaciones internacionales creadas después de la II Guerra Mundial: la ONU debe ser reformada y tener un sistema de funcionamiento más justo, democrático e igualitario, suprimir el derecho al voto. Otra organización creada más tarde y que tiene que revisarse es la coordinadora del cambio climático, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC).

Es esencial una defensa internacional del cuidado del Planeta, todas las políticas tienen que tener en cuenta la Casa Común, la Madre Tierra. La Emergencia Climática debe ser una prioridad, tenemos que colaborar en un transición ecológica justa y que no deje a nadie a trás, la transición ecológica va de la mano de la justicia social

En definitiva, quisiéramos vivir en una sociedad equilibrada, compasiva y pacifista, orientada por la promesa del “Reino” sobre la tierra: “El reino de Dios estará entre vosotros”, Lucas 17:21.

2) *¿Qué podemos hacer para avanzar en el modelo de sociedad que queremos construir?: tendencias actuales que no aceptamos, cómo oponernos a ellas; tendencias a apoyar en el plano personal y colectivo.*

Creemos que la posición correcta debe ser la RESISTENCIA, entendida ésta como *mantener* los valores que hemos dicho en la anterior pregunta: igualdad, justicia, fraternidad, democracia, pacifismo, defensa de la vida de la gente más necesitada, servicios públicos, cuidado del medio ambiente y adaptación al cambio climático.

También tenemos que explicar nuestra ideología progresista, teniendo con los demás un trato respetuoso, afectivo y sobre todo igualitario y solidario.

Es fundamental que luchemos contra todo movimiento violento, armamentístico o dictatorial, conscientes de que en este momento el principal peligro provenga del crecimiento de los movimientos neofascistas, o basado en la corrupción.

Tenemos que apoyar acciones pacifistas siempre que se pueda, y que sean populares y democráticas. Tenemos que seguir luchando para que la *Esperanza* en un mundo mejor esté viva y sea realidad. Esperanza en que desaparezcan la tiranía política y económica, oligarquías familiares e ideas tan mezquinas como “fuera los emigrantes y el colectivo LGTBI”. Esperanza en la equiparación de la mujer al varón en nuestro mundo y en la Iglesia. *Esperanza* sobre la *Desesperación*. Pues todo *esto* como Cristianos de Base no lo aceptamos, y debemos unirnos a colectivos sociales y partidos políticos de izquierdas, u otros cuyo interés principal sea la defensa de los explotados, oprimidos y empobrecidos y el cuidado de la madre tierra, que luchan por un mundo mejor con realismo, y pensándolo bien también con los pies (como dice el poema de Pedro Casaldáliga). Se trata de apoyar con sentido crítico las iniciativas que juzguemos orientadas a nuestros ideales, evitando la parcialidad y el partidismo irreflexivo, con una neutralidad análoga a la que procuran tener, por ejemplo, ONGs humanitarias como la Cruz Roja, pero también estando comprometidos, sin equidistancia o tibieza, con la misma determinación con la que Jesús se rebeló contra los escribas y los fariseos y contra los poderosos de su tiempo (Mateo 23: 29-39; Marcos 12:38-40; Lucas 11: 37-54 y 20:45-57).

3) *El mensaje del evangelio ¿puede aportar claves propias para orientarnos en el laberinto? En caso afirmativo, ¿cuáles serían y qué transformaciones exigirían al modelo de iglesia y a los cristianos de base en particular?*

El Evangelio puede aportar fundamentalmente, porque ya aportó en algunos momentos de la historia y puede sumar claramente a la consecución de una sociedad justa y más igualitaria si partimos del carácter revolucionario del mensaje y la palabra de Jesucristo. Debemos tener en cuenta sus enseñanzas económicas, políticas y sus gestos de denuncia como la reacción ante los mercaderes en el templo (Mateo 21:12-13, Marcos 11:15-18, Juan 2:13-25) o su explicación sobre la dificultad de los ricos para llegar al Cielo (Mateo 19:23).

Jesús identificó el problema social y se comprometió con los humildes reflejando *siempre* su amor por los más pobres y su compromiso con la liberación.

Por todo ello creemos que los Cristianos/as actuales ya no debemos poner el acento tanto en la reflexión sino en la *decisión*, pues no se trata de soñar, sino de *embarrarnos* en la utopía evangélica.

Creemos que el cristianismo debe avanzar en la línea de la *Teología de la Liberación*, siendo esto cada vez más necesario porque los pobres de este mundo han aumentado. Las cifras de empobrecidos aumentan a la vez que crece también la agresión a la *casa común*, es decir, la Tierra.

La Iglesia debe abrirse a la igualdad real, incorporando activamente a las mujeres; abrirse al uso adecuado de los bienes de la Iglesia para hacer el bien a los más necesitados/as; abrirse a la autocritica y asunción de responsabilidad ante los graves errores cometidos, por ejemplo en el escándalo de los abusos sexuales y la negación de apoyo a las víctimas.

En definitiva nuestras claves están resumidas en el libro *Cristianismo Radical* (2025) de Juan José Tamayo con referencia a los Evangelios: un cristianismo contra las pobrezas, alterglobalizador, feminista, ecológico, interreligioso, contra-hegemónico, pacificador, hospitalario, utópico, resistente en política, laicista, no dogmático, compasivo, simbólico e indignado contra los autoritarismos y la corrupción. Todo esto es tarea a retomar por los grupos de Cristianos de Base para que la Iglesia avance en estas líneas. Es necesaria nuestra crítica a la Iglesia Católica, por ejemplo al conformismo y corporativismo de la jerarquía, y nuestro énfasis en la sinodalidad. Pero ante todo debemos buscar formas de predicar con el ejemplo, como hizo Jesús en su vida y nos cuentan los Evangelios.



Europa debe evitar a toda costa el camino de la guerra

Cuando hablamos de la guerra en Ucrania, la mayoría de los medios nos presentan una imagen simplificada: un agresor y una víctima. Esta narrativa, repetida hasta el cansancio, oculta las raíces profundas del conflicto y el papel que Europa está desempeñando en una confrontación que amenaza con arrastrarnos a una crisis económica, social y política de gran magnitud. La cobertura mediática dominante tiende a centrarse exclusivamente en la agresión de 2022, ignorando el largo proceso geopolítico que la precedió, un enfoque que permite despojar al conflicto de su complejidad histórica. Para comprender por qué debemos cuestionar nuestra participación —y la sumisión a la estrategia marcada por Washington—, es necesario mirar hacia atrás y analizar las últimas tres décadas de expansión militar y presión económica. Esta guerra no es, por lo tanto, un episodio aislado e inexplicable, sino la culminación de una estrategia prolongada de cerco y debilitamiento de Rusia que pone en riesgo nuestra prosperidad y, lo que es más grave, nuestra paz continental, al convertirnos en un actor subsidiario de una confrontación impulsada por intereses externos.

La caída de la Unión Soviética en 1991 no abrió una era de paz y cooperación, como muchos esperaban, sino una etapa de saqueo sistémico y desmantelamiento de las capacidades productivas de Rusia. Las potencias occidentales y sus instituciones financieras, como el **Fondo Monetario Internacional**, aprovecharon la debilidad post-soviética para imponer terapias de choque basadas en privatizaciones masivas y ultrarrápidas. Este proceso, lejos de generar un mercado próspero, destruyó buena parte de su economía industrial, generó una hiperinflación devastadora y entregó sectores estratégicos (como el energético y el de las materias primas) a monopolios tanto internos —creando la nueva clase de oligarcas— como extranjeros. Este proceso no sólo empobreció a millones de rusos, sumiéndolos en la miseria y reduciendo drásticamente su esperanza de vida, sino que también generó un vacío político y social que fue ocupado por mafias y élites corruptas, instalando un profundo resentimiento hacia las políticas de Occidente. Paralelamente, la **OTAN** incumplió las promesas verbales hechas a Mijaíl Gorbachov de no expandirse “ni una pulgada hacia el Este” después de la reunificación alemana, y comenzó un avance implacable, incorporando a países del antiguo **Pacto de Varsovia** y repúblicas bálticas, acercándose cada vez más a las fronteras rusas. El resultado de esta doble estrategia —económica y militar— fue un cerco estratégico que colocó a Rusia en una posición defensiva permanente, sintiéndose sistemáticamente amenazada.

Para Washington, esta expansión geopolítica, tanto de la **OTAN** como de la influencia económica, tenía un objetivo estratégico claro y bien documentado: mantener su posición de líder mundial unipolar tras el fin de la **Guerra Fría**. El principal temor de la élite estratégica estadounidense era que una Europa con vínculos sólidos y mutuamente beneficiosos con Rusia —una potencia rica en recursos energéticos (gas, petróleo) y

materias primas esenciales— pudiera convertirse en un bloque euroasiático demasiado fuerte y autónomo, capaz de desafiar su hegemonía global, especialmente en términos económicos y financieros. Por ello, la clave de la política exterior estadounidense de las últimas décadas fue impedir cualquier entendimiento significativo y duradero entre la Unión Europea y la Federación Rusa. La expansión incesante de la **OTAN** hasta las fronteras rusas, junto con el uso de sanciones económicas como arma política, fueron los instrumentos predilectos para garantizar que Europa permaneciera política y militarmente subordinada a los intereses estadounidenses, forzando al continente a una dependencia atlántica en seguridad y energía.

Ante esta presión constante, combinada con la humillación económica de los años noventa, Rusia, bajo el liderazgo de Vladimir Putin a partir del 2000, reaccionó buscando recuperar su autonomía y su estatus de gran potencia, intentando evitar quedar totalmente subordinada a los intereses extranjeros y manteniendo el control sobre sus propios recursos. Su política, vista desde el Kremlin, no fue simplemente una política de agresión inicial, sino más bien de resistencia activa frente a un cerco que, a su juicio, amenazaba con la desaparición efectiva de su soberanía nacional. Esta búsqueda de reequilibrio de poder, que implicó la denuncia de tratados de control de armas y la consolidación interna de su sistema político, fue respondida por Occidente no con diálogo, sino con un aumento del acoso político, económico y mediático, incluyendo el apoyo a movimientos de oposición interna y la demonización sistemática de su liderazgo. De esta manera, se construyó una narrativa dominante que presenta a Rusia únicamente como la agresora caprichosa e irracional, ocultando convenientemente las décadas de expansión militar de la **OTAN** y las políticas de debilitamiento económico que la precedieron y que actuaron como catalizadores de su reacción.

El momento decisivo que llevó a la confrontación actual llegó en 2014, con el violento cambio de gobierno en Ucrania —el llamado **Euromaidán**—, que fue percibido por Rusia como un golpe de estado instigado por potencias occidentales. Desde entonces, el nuevo gobierno de Kiev quedó fuertemente alineado con la estrategia estadounidense, acelerando su proceso de militarización (con ayuda y entrenamiento de la **OTAN**) y promoviendo grupos ultranacionalistas abiertamente hostiles hacia la población de origen ruso. Las regiones del Este, como Donbás, con una fuerte presencia de población ruso-parlante y lazos históricos y culturales con Rusia, se opusieron firmemente a este nuevo rumbo y a la prohibición de facto del uso de su lengua, siendo reprimidas con violencia por el ejército ucraniano en una guerra civil que duró ocho años. La intervención militar rusa de 2022, por lo tanto, debe entenderse en este contexto de ocho años de conflicto interno y de avance inminente de la estructura militar occidental: como una respuesta defensiva percibida ante el avance final de la **OTAN** a través de un socio armado y como un apoyo directo a las comunidades del Este que se sentían amenazadas de exterminio cultural o físico. Reducir todo el conflicto actual a una simple “invasión injustificada y sin motivo” es ignorar deliberadamente el complejo trasfondo histórico, político y geopolítico que condujo a la escalada final.

En Europa, el discurso dominante, impulsado por los gobiernos y los medios alineados con la **OTAN**, presenta la guerra como una “defensa nacional justa” y heroica de Ucrania contra la tiranía rusa. Sin embargo, la realidad que se vive en el terreno es más compleja y dolorosa, marcada por el cinismo estratégico: vemos un reclutamiento

forzoso y masivo de hombres ucranianos, una dependencia total del país de la ayuda militar y financiera extranjera, y el sacrificio constante de la población y la infraestructura nacional para satisfacer los intereses geopolíticos y comerciales de las élites financieras y militares de Estados Unidos y Reino Unido, quienes son los principales beneficiarios del conflicto. En la práctica, esta guerra se libra materialmente sobre las espaldas de los trabajadores europeos y estadounidenses, quienes financian el armamento y pagan el coste económico de las sanciones, mientras que el pueblo ucraniano es utilizado como un mero peón descartable en una confrontación de poder que es totalmente ajena a sus intereses de paz y prosperidad.

El riesgo actual que enfrentamos es inmenso: que la guerra, lejos de detenerse, se extienda más allá de las fronteras de Ucrania y desemboque en una conflagración global directa, un escenario nuclear. Europa ya sufre las consecuencias directas de su participación subordinada: una inflación galopante exacerbada por la crisis energética, sanciones económicas con fuertes efectos de rebote que perjudican a nuestras propias industrias, recortes necesarios en el gasto social para reorientar los presupuestos, y un gasto militar creciente e insostenible que empobrece de forma directa a las familias trabajadoras. Estas medidas no nos hacen más seguros ni más autónomos; al contrario, nos vuelven más dependientes de los intereses de Washington, que dicta la estrategia militar, y de las grandes empresas de armamento, que ven dispararse sus ganancias. La seguridad y la autonomía energética europea se están hipotecando gravemente en favor de una estrategia que no responde en absoluto a nuestras verdaderas necesidades de estabilidad y crecimiento.

Lamentablemente, la clase trabajadora europea, que es la que más sufre las consecuencias económicas del conflicto, permanece desmovilizada y políticamente pasiva. Muchos líderes políticos y sindicales considerados tradicionalmente “progresistas” han abdicado de su papel histórico y repiten acríticamente el discurso oficial de la OTAN, llegando incluso a justificar el envío de armas, y evitan organizar una oposición firme y transversal a la guerra. Esta actitud de sometimiento ideológico y político debilita la solidaridad internacional entre los pueblos y deja a los trabajadores europeos sin la capacidad de respuesta política necesaria para revertir esta espiral bélica. La pasividad actual sólo favorece la continuidad de la estrategia imperialista y de las élites transnacionales, condenándonos a un mayor empobrecimiento sistemático y a un peligro bélico creciente y cada vez más inminente.

La guerra en Ucrania no es un conflicto simple ni un error casual de un solo hombre, sino parte de una cadena de confrontaciones impulsadas por los intereses de las grandes potencias occidentales que buscan mantener a toda costa su hegemonía global. Europa, si quiere asegurar su futuro, debe rechazar activamente esta contienda y buscar vías de negociación y paz, porque la prolongación de la guerra amenaza con arrastrar al continente a una crisis económica y humanitaria aún mayor y sólo beneficia de manera concreta a las élites financieras y militares externas, especialmente estadounidenses. Nuestro camino debe ser la búsqueda urgente de la paz por la vía diplomática, la reafirmación de nuestra autonomía estratégica respecto a bloques militares, y la defensa irrenunciable de los intereses de los trabajadores, no la subordinación a un conflicto de poder que no es genuinamente nuestro.



¿La última trinchera del clericalismo?

La Decepción del Sínodo y el Retroceso Institucional

Recientemente, ha abundado la discusión tras la **decisión del Vaticano de rechazar la admisión de mujeres al diaconado y a cualquier forma de ministerio ordenado**. Esta negativa se produce en un contexto de intensa expectativa, dado que la reivindicación de la mujer al ministerio, junto con otras como la supresión del celibato obligatorio del clero y el reconocimiento eclesial de los matrimonios no heterosexuales, constituía un postulado crucial que emergía con fuerza del **Sínodo de la Sinodalidad**.

La respuesta eclesial ha sido interpretada por numerosos observadores y grupos católicos reformistas de todo el mundo como un claro y doloroso **retroceso en el reconocimiento de la igualdad fundamental entre varones y mujeres en el ámbito religioso**. La decepción y el desánimo son palpables, especialmente en comunidades que viven de cerca la **escasez crítica de sacerdotes**, con parroquias que quedan sin la celebración de la Eucaristía por largos periodos y clérigos ancianos a cargo de múltiples iglesias.

Con razón, quienes abogan por la inclusión recuerdan que entre los primeros seguidores de Jesús existían **mujeres en igualdad de condiciones que los discípulos varones**. Figuras como **María Magdalena, María de Betania** y otras desempeñaron un papel activo, de liderazgo y testimonial fundamental en el movimiento original.

¿Es la Ordenación Femenina la Meta del Reino?

Debemos sumarnos a quienes postulan la igualdad de género tanto en la Iglesia como en la sociedad. Sin embargo, surge una pregunta ineludible: si la Iglesia Católica Romana consiguiera finalmente el diaconado, el sacerdocio o el episcopado femenino (algo que, como tendencia histórica, es muy probable que suceda), **¿habría avanzado con ello hacia la consecución de la meta del Reino de Dios que Jesús perseguía?**

Tenemos que concluir que no, y es fundamental explicar el porqué. Si en dos milenios no se ha avanzado significativamente hacia el ideal de la comunidad de Jesús, es porque **no se ha abordado la raíz del problema**.

El factor que laстра cualquier avance auténtico es el **clericalismo**.

El Clericalismo: Un Fenómeno No Cristiano en la Iglesia

Es importante aclarar que el clericalismo no es un fenómeno cristiano *per se*; existía ya en las culturas paganas y en el judaísmo pre-cristiano.

- **Definición:** Por clericalismo se entiende una **mentalidad de dominio y superioridad** que las jerarquías o castas sacerdotales ejercen sobre el pueblo común.

Estas castas se **auto-crearon** como **mediadores imprescindibles** entre la divinidad y la humanidad. Se asignaron funciones de culto, generalmente de carácter sacrificial o ritual, a las que atribuyen la **facultad exclusiva** de complacer y aplacar a la divinidad, obteniendo así beneficios y perdones a favor de los fieles a quienes pretenden pastorear.

En el ámbito cristiano, lo más impactante es que este sistema de poder, tal como funciona hoy, **no fue la intención original de Jesús**. Es una invención histórica que se ha construido y auto-justificado a lo largo de los siglos.

- **La Comunidad Original:** La comunidad que Jesús formó se basaba en la **igualdad completa de todos los bautizados** y en el principio de que el verdadero valor reside en el **servicio humilde (*diakonía*)** a los demás.
- **La Prohibición de Jesús:** Jesús fue taxativo al prohibir a sus seguidores imitar a los gobernantes de este mundo que “dominan y oprimen”. Les dijo que, en su comunidad, la lógica debía ser inversa: “**quien quiera ser importante, tiene que convertirse en el servidor de todos**” (*Mc 10, 42-45*).
- **El Llamamiento:** Él nunca llamó a sacerdotes del Templo para continuar los rituales antiguos; llamó a gente común —pescadores, recaudadores, mujeres— para que fueran sus discípulos y anunciaran el Reino. El mensaje central era una invitación a la **justicia y a transformar el mundo**.

El Proceso de Monopolio y la Reinvención del Clero

Con el paso del tiempo, la Iglesia se hizo más grande y compleja. Sus líderes iniciaron un sutil proceso de monopolio que llevó a la **reinvención de un clero sacerdotal** análogo al de las antiguas religiones. Este estamento reclamó para sí unas funciones que no estaban en el corazón del llamamiento de Jesús.

El grupo de líderes decidió que era necesario asignar a un grupo especial —el clero reconstruido— la **potestad exclusiva de realizar los actos cultuales y litúrgicos clave, como la Eucaristía**.

Al hacer que el sacerdote fuera el único capaz de “abrir las puertas” a estos actos sagrados (una potestad que se justificó teológicamente con el concepto de *sacerdos alter Christus*), se volvieron **indispensables** para la vida espiritual de todos y, por lo tanto, adquirieron un poder enorme.

Para justificar y visualizar este poder, la Iglesia adoptó:

- **Estructuras de poder jerárquico** propias de los antiguos imperios.
- **Símbolos y vestimentas** que recordaban a los cultos paganos y la realeza (mitras, báculos, tronos).
- Una **doctrina** que afirmaba que el clérigo consagrado era esencialmente **diferente y superior** al laico (la “muralla” entre la jerarquía y el pueblo).

El Vínculo entre Poder y Ambición

Esta concentración de las funciones cultuales en un grupo selecto no es sólo un problema teológico; es una **fuente de ambición**. El poder genera una estructura de incentivos muy clara:

Si el sacerdocio es la vía para acceder a la posición de **mayor prestigio, influencia y autoridad moral** dentro de la comunidad, automáticamente se convierte en un objeto de aspiración.

- Esta aspiración no siempre se basa en el deseo de un servicio humilde, sino en la **búsqueda de ese rango y espacio de poder** que el sistema clerical ha instituido.

- Esto afecta por igual a hombres y mujeres. Al ver en el sacerdocio la cúspide de la influencia religiosa, las mujeres se sienten legítimamente atraídas por esa posición, aunque sólo esté disponible para varones en la actualidad.

Esto revela que el problema no es sólo la exclusividad masculina, sino la **existencia misma de una estructura de poder** basada en la función ritual que se ha vuelto el centro de la vida eclesial.

El clericalismo promovió un tipo de religión mucho más fácil de controlar. En lugar del compromiso de ayudar a los pobres y luchar contra las injusticias, se puso el énfasis en el **ritual ciego** y en el **cumplimiento de normas externas**, descuidando la invitación de Jesús a la transformación personal y social. Se le pide al fiel que obedezca sin cuestionar las directrices que vienen de arriba, y la jerarquía se autopropone como la única con derecho a interpretar la verdad y la moral.

- El clericalismo es, en definitiva, la consecuencia de que un grupo se haya inventado un rol central y poderoso, olvidando que la verdadera misión de la comunidad de seguidores de Jesús no es la de oficiar ritos, sino la de transformar el mundo.

La Última Trinchera

Llegados a este punto, ¿cómo quedan las peticiones de clero femenino o clero no célibe? Si lo que se desea es simplemente mantener la función clerical tal como vino funcionando hasta ahora, dándole tanta importancia al sacerdocio y la función que realiza, **se está reforzando la estructura que Jesús criticó**.

Reclamar este status de empoderamiento, para varones y mujeres, no contribuye a mejorar el seguimiento del Maestro. Por el contrario, **está creando una trinchera, la última trinchera del clericalismo**.

La experiencia en iglesias que ya han adoptado estas reformas –como la Anglicana o algunas Luteranas–, muestra que, si bien se gana en igualdad, persiste la situación generada por el nefasto rol del clericalismo, que mantiene al pueblo dependiente y pasivo. El foco sigue estando en el orden y el poder del clero, no en la misión de la comunidad.

Un Liderazgo para Otra Dirección

Lo que necesita la asamblea de seguidores de Jesús de Nazaret es **otro tipo de liderazgo para otro tipo de función**.

Jesús señaló un objetivo y una dirección radicalmente distinta a la que apuntan los cleros sacerdotales de todas las religiones. Por su parábola del **Buen Samaritano**, señaló que la dirección que sus seguidores deben seguir es la del **desgraciado tirado en la cuneta al lado del camino**: los pobres, los explotados, los enfermos sin recursos, los marginados, los sin-techo, los inmigrantes...

Los estamentos clericales, al igual que el sacerdote y el levita de la Parábola, apuntan en otra dirección: **hacia el Templo, al culto, a los sacrificios expiatorios, a las devociones descomprometidas**.

Es una lástima que la mayoría de los afanes de reforma de las personas que participaron en el debate sinodal se centraran en postulados de **organización institucional** (¿quién oficia el rito?) y no en cuestionar el rumbo errado que la institución eclesial está siguiendo desde hace muchos siglos.

Seguimos intentando poner **remiendos nuevos a un vestido viejo**. La verdadera revolución no está en feminizar el clero, sino en **desclericalizar la Iglesia** y volver a la misión esencial de justicia y servicio de Jesús.